

BIBLIOTECA CENTRAL
D. A. M. L.

que fides guardada en la mente los ojos de
tudo en medio de la comunión general, en
tudo el mundo de los siglos y de las
vece el mundo a las doctrinas del

Quiera el cielo que el nuevo mundo
de paz cristiana y que en el hogar y en los tribunales
en la vida privada y en la pública sea el tipo del
vicio católico, convierta su casa en santuario y con-
puya a hacer cristiana la sociedad.

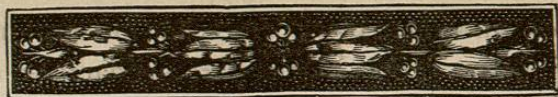
Bendice por Señor a los novios que se prestan
un conforme a las sacrosantas leyes. Si alguna vez
ha sido el mundo del incienso que se quemado en
las aras si has aceptado el incienso sacrificial que
manos te han ofrecido por que llorar las bendiciones
sobre esta cristiana pareja. Aunque cambio de grey
y pasar de un lado a otro en el mundo, a
centar rebanos de espesas velloras, no olvida jamás el
primer ganado que su dáculo condujo a sabiduría por
los. Son las primicias de mi grey, primer por Señor,
las que hoy ofrece ante tus aras, y espero no olvidar
las ordenes subidas que por su felicidad te dirija.



PLÁTICA

PARA UN MATRIMONIO CELEBRADO EL 14 DE ABRIL DE 1885.

En el nombre del Señor Jesús Cristo, Rey de los reinos, yo, el sacerdote de Dios, bendigo y santifico a los esposos que se unen en el matrimonio. Este sacramento, que es el vínculo de la carne y del espíritu, es un signo de la unión perfecta que Dios quiere entre los esposos. Por tanto, os exhorto a que guardéis con pureza y fidelidad el amor que os ha unido, y que os ayudéis mutuamente a cumplir el deber de la vida matrimonial. Que el Señor os conceda la gracia de ser felices y santos en vuestro hogar. Amén.



CON cuánto placer veo delante de mí esta doble pareja de esposos, postrados al pie del altar y haciendo público alarde de su fe y religiosidad! Grande sacramento es el matrimonio, como dice San Pablo; y el presenciar los augustos ritos con que se contrae y bendice, es siempre motivo de santo regocijo y legítima curiosidad. Pero hay ocasiones en que el gozo se centuplica, así en los meros espectadores como en el ministro que imparte la bendición prescrita por la Iglesia; y la multitud que llena este vasto templo, y la actitud y las miradas de cuantos me circundan, bien revelan que esta es una de esas ceremonias tan solemnes como raras, que hacen saltar de júbilo todos los corazones. Vemos, en efecto, á dos familias de la remota Alemania enlazarse con otras de nuestro suelo y nuestra raza española; pero no para arrancarnos á las hijas de nuestra tierra é imponerles el yugo de otra religión y otras cos-

tumbres, sino antes bien, para echar más profundas raíces en nuestra propia patria, para quedarse en ella formando un hogar semejante al de nuestros abuelos, para identificarse con nosotros haciéndose verdaderamente mexicanos por la fe, por los lazos de parentesco, por el domicilio estable, y por esos innumerables vínculos que atan al padre de familia á la tierra de su esposa y sus hijos.

Un motivo todavía mayor tenemos para que nuestros pechos rebosen de alborozo. Ayer apenas mis manos regeneraron con el agua bautismal á uno de los esposos, y mojado aún con las sagradas linfas, y bañados los labios con la sangre de Jesucristo, de cuyo Cuerpo por primera vez participó, aun antes de deponer la cándida estola del catecúmeno, sube al altar, como infante recién nacido, según la bella expresión de la Iglesia, *quasi modo genitus infans*, á recibir y administrar el gran sacramento del matrimonio. Os confieso que, si al verlo solicitar su admisión en el gremio de la Iglesia, hubiera yo observado señales de poca sinceridad; si hubiera creído que lo impelía tan sólo el deseo de alcanzar una mano, que de otra suerte no le sería posible lograr; si hubiera sospechado que sin dejar antiguas y arraigadas convicciones cambiaba de religión, como de vestido, mi diestra habría temblado al derramar sobre su cabeza el agua consagrada; ó mejor dicho, me habría rehusado á ser actor en una indigna farsa. Quédese el espíritu de intempestivo proselitismo, y el furor de hacer fingidas conversiones compradas ó con vil dinero ó con la mano de una mujer, para esos aventureros, odiosos al par á católicos y á honrados protestantes, que han dado en venir del Norte

á especular con el hambre y la ignorancia de los pobres, ó con la vanidad de los que creen que en renegar de la fe de sus padres consiste la ilustración. La Iglesia católica solo quiere hijos buenos y sinceros que espontáneamente, de buena voluntad y por convicción, ingresen á su gremio.

En cuanto la humana fragilidad permite descubrir los misterios del corazón al pobre mortal, tales son las disposiciones que he creído encontrar en el neófito, que en un día ha entrado á la Iglesia por la puerta indispensable del bautismo, ha recibido el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, y va á convertirse en ministro, aunque pasajero, de otro sacramento. Que ninguno lo tache de haber cambiado de creencias (aunque hay cambios que honran sobremanera) porque en ninguna religión había sido antes iniciado, ni en la infancia ni en la edad madura. Que nadie se admire de una mutación tan repentina, porque más rápidas las efectúa la Diestra del Altísimo, y muchas semejantes registra en sus fastos la historia eclesiástica. No llevéis á mal que os recuerde una parecida.

Transportaos por un momento, oh jóvenes esposos, á la cámara nupcial de la gloriosa virgen y mártir que la Iglesia proclama reina de la armonía y patrona de la música, no porque sepamos de cierto que ella se deleitase en tañer algún instrumento, sino porque en el festín de sus bodas, en medio de los profanos conciertos, Cecilia también cantaba; pero en silencio, en el fondo de su corazón, y unida en espíritu con los coros angélicos *cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat*. Acaban de verificarse los últimos ritos de las antiguas nupcias, tan

bellos á pesar del paganismo, que me deleita repetíroslos. Se le ha presentado agua clara como emblema de la pureza que ha de ornar á la esposa. Le han dado la llave, símbolo de la administración interior que desde este instante se le confía. Se ha sentado un momento sobre rico vellón de lanuda oveja, que le recuerda los trabajos y faenas domésticas á que de hoy más ha de consagrarse sin descanso. Aprended, oh esposos, de estos ritos gentílicos, vuestros sagrados deberes. Pero aprended aún más de la escena íntima que pasa en seguida entre Cecilia y su gallardo esposo, cuál es la altísima misión de la esposa cristiana. "Tengo un ángel (le dice entre otras cosas la santa virgen), tengo un ángel que vela por mí y que descargará sobre tí su venganza si te atrevieras á manchar la santidad de este nuestro hogar; pero si tu amor es puro y sin mancilla, él te amará como tú me ames y te prodigará sus favores."—"Déjame ver ese ángel, responde Valeriano, y te obedeceré como siervo más bien que como esposo."—"Si sigues mi consejo, continúa la cristiana doncella; si consientes en ir á purificarte en las aguas de la fuente que jamás se agota; si quieres creer en el Dios único, eterno y verdadero que reina en los cielos, te será dado ver al ángel que me guarda."—"¿Y quién me lavará para poder ver á ese ángel de que me hablas?" replica Valeriano á Cecilia, que le da las señas de la morada oculta del santo Obispo Urbano y lo envía con contraseña segura á hablar al venerando anciano.

¡Oh, quién pudiera seguir al casto joven en su piadosa excursión por la vía Appia, y acompañarlo hasta la morada del justo Prelado! ¡Quién pudiera contemplar

la celeste visión de que gozan entrambos y leer en el mismo libro de oro que para uno y otro baja de la gloria, las soberanas palabras que convirtieron en un instante al león pagano en mansísimo cordero cristiano! "Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas y en todos nosotros" (EPHES. IV). Apenas ha leído estas palabras de San Pablo, cuando exclama con énfasis el joven romano: "Firmemente creo cuanto contienen estas inspiradas sentencias; nada hay más digno de fe sobre la tierra." Sin tardanza le entrega el santo Obispo el símbolo de la fe, lo regenera con las aguas del bautismo, lo hace participar de la Sagrada Eucaristía y lo devuelve á su casta esposa, completamente transformado en brevísimas horas.

Pero si la fe es un dón del cielo, que puede venir y viene en un instante, la instrucción es obra de los hombres, y nosotros mismos debemos poner cuanto esté de nuestra parte para alcanzarla. Un milagro la empezó en el esposo de Cecilia, y ella con su santa unción é inspirado acento la llevó á cabo en breve tiempo, hasta dejarlo maduro para el martirio. Aquí no debemos esperar ni milagros, ni visiones, ni martirios, ni prodigios de virtud como en aquella santísima pareja. Pero lo que sí espero, pido y aun me atrevo á exigir de entrambas esposas, es el que continúen paulatinamente, pero con inquebrantable constancia, la instrucción religiosa de sus respectivos maridos en el fondo del hogar doméstico. Envueltos en el tráfago de los negocios, ni tiempo han tenido, ni tendrán en lo de adelante, para pensar en las verdades eternas con aquel detenimiento que sería con-

veniente. En las horas tranquilas del domicilio conyugal, podrán las compañeras de las penas y reposo doméstico llenar la dulce misión de maestras. Ni á ellos pese el ser discípulos de simples mujeres, ni ellas teman el ser tachadas de pedantería al disertar sobre los profundos misterios de nuestra adorable religión. No quiero mortificar más vuestra legítima ansiedad recitándoos íntegra la bella teológica disertación con que la misma virgen Cecilia, después de haber convertido á su esposo, llevó á cabo también la conversión del hermano de éste; pero permitidme que al menos os repita algunas frases.

“No hay más que un Dios en su majestad (dijo Cecilia al ver que su hermano no acertaba á formarse una idea del misterio de la augustísima Trinidad); y si quieres concebir cómo existe ese solo Dios en una Trinidad sacrosanta, escucha esta comparación. Un hombre posee la sabiduría; por sabiduría entendemos el talento, la memoria y el entendimiento: el talento, que descubre las verdades; la memoria, que las conserva; el entendimiento, que las explora. ¿Diremos en tal caso que hay en un solo hombre muchas sabidurías? Si, pues, un simple mortal posee tres facultades en la sola sabiduría ¿vacilaremos en reconocer una Trinidad soberana en la única esencia del Dios Omnipotente?”

Ahí tenéis á una gran señora de la altísima aristocracia de la antigua Roma, que discurre acerca del impenetrable misterio de la Trinidad beatísima, con la profundidad y la precisión que apenas osaríamos exigir de un escolástico de la edad media. Oidla ahora disertar sobre la Encarnación.

“El Padre envió de los cielos á la tierra á su Hijo Unigénito, quien fué concebido de una Virgen purísima. Este Hijo de Dios desde lo alto de la montaña exclamó: Venid á Mí, oh naciones. Y á Él acudieron todas las edades y sexos y clases sociales. Él les dijo entonces: Haced penitencia. Por haberla desconocido os habéis precipitado en el abismo. Ha llegado el reino de Dios que ha de acabar con el reino de los hombres. . . .” Pero ¿adónde me lleva mi admiración por la insigne santa que propongo por modelo á las dos esposas á quienes voy á impartir en breves instantes la bendición nupcial? Las actas de su martirio nos refieren extensamente el admirable discurso, de que no he citado sino breves frases, y en el cual resplandecen sus profundos conocimientos en teología, en filosofía, en historia, en todos los ramos, en suma, de la ciencia divina y humana. Lo poco que os he indicado, oh nuevas esposas, basta para que no olvidéis las obligaciones especialísimas que, en vuestras circunstancias excepcionales, tenéis para con vuestros maridos. La descripción que del hogar cristiano hacía Tertuliano hace ya más de quince siglos, sirvaos de prototipo para el vuestro en el siglo XIX. Escuchad con atención sus palabras, que serán las últimas mías.

“Juntos oran los esposos cristianos, juntos se postran ante el altar, juntos ayunan: mutuamente se exhortan, se instruyen, se sostienen en las tribulaciones. En la Iglesia se ve al uno al lado de la otra, y en dulce compañía se acercan al Divino Banquete; entre sí dividen á la par las penas y los goces. No tienen secretos que ocultarse: en su hogar es desconocido el aislamiento; ja-

más se observa el más leve disgusto. No tienen que esconderse el uno del otro para visitar á los enfermos ó socorrer á los indigentes. Sus limosnas se practican sin discusión ni ruindad, sus sacrificios se hacen sin desabrimiento, sus prácticas piadosas no conocen traba de ningún género. Allí no hay que santiguarse furtivamente, ni que entregarse con timidez á piadosos transportes, ni que dar en silencio gracias al Señor. Ambos esposos cantan á porfía salmos y cánticos, y si en algo hay rivalidad entre los dos, es sólo para ver cuál entonará mejor y con más fuego las alabanzas de su Señor." (*Ad Uxorem, lib. II*).

El día de las bodas es siempre día de imperecederos recuerdos. Quiera el cielo que todos los vuestros sean gratos, y que entre ellos figuren en primera línea las palabras que os he dirigido, y que os encarezco precisamente porque no son más, sino de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres.



ALOCUCIÓN

PARA OTRO MATRIMONIO.